

## Grieg

(Conferencia leída en el Festival Grieg, el Lunes 3 de Agosto en el Teatro Imperio.)

**Y**O no voy a hacer aquí una biografía. La creo inútil y un tanto fastidiosa. Rara vez los detalles corrientes de la vida de un grande hombre adquieren esa transcendencia que el mundo busca y cree debe encontrar por el hecho de haber sido ejecutados por un hombre superior. La manera de vivir, las costumbres, los entretenimientos de los sabios y de los genios, suelen no ofrecer nada de particular ni de interesante. La señora de una eminencia musical o intelectual es a veces en su vulgaridad tan parecida con la señora de un simple hijo de vecino, como una gota de agua a otra gota. Así, por un D'Annunzio o un Oscar Wilde, hay miles de notabilidades que sólo interesan a través de su obra.

Ahora bien: la vida de Grieg es sencilla, sencillísima y su espíritu tan sencillo como su vida es difícil de definirlo literariamente. Wagner en su inquietud de semi-dios; Schuman, Beethoven, Chopin, con su melancolía enfermiza, son caracteres firmemente delineados; sobre todo el primero, que es como algo grabado en piedra. De Grieg sé que sólo podría coger y representar su espíritu, dando esa nota de poesía casi subjetiva que constituye su amor a la naturaleza, envuelto en el más profundo sentido de la armonía.

Grieg ha tenido la maravillosa cualidad de que siendo universal es genuinamente local. Ningún otro como él, ha dicho un escritor, «ha sabido evocar la Noruega a nuestros oídos».

Grieg es el espíritu mismo de sus tierras, de sus lagos, de sus fiords. Ningún otro marco le habría servido. Él lo ha dicho: «yo no soy un exponente de la música escandinava, sino únicamente de la música noruega». Tal vez sintió la influencia de otros músicos, cual todos la han sentido, unos más otros menos; así, por ejemplo, el concierto en *la menor* que compuso en Roma, los críticos están acordes en que está inspirado por Schumann; pero en su esencia Grieg es profundamente original.

Los primeros que lo tacharon de tal fueron los propios noruegos. Es sabido que Grieg fué un innovador. Junto con Kjerulf y con el violinista Ole Bull luchó por imponer a los suyos su nuevo concepto de la música, lucha en la que se unieron, extendiéndola a todas las artes, Nordraak, al que Grieg dedicó una marcha fúnebre que es una de las creaciones más admirables de su genio; Magdalena Thoresen, el poeta Vinji y los dos dramaturgos Björnson e Ibsen.

Este luchar empezó con su juventud, la que antes no había tenido más incidentes que su ida desde Bergen, su ciudad natal, al Conservatorio de Leipzig en 1858. donde su naturaleza independiente se acomodó mal con el espíritu de éste, el que, como dice un comentador de Grieg, era como todos los Conservatorios del mundo. Parece ser que la ayuda moral del viejo maestro danés Niels Gade alentó su espíritu un tanto decaído, dándole verdadera conciencia de su talento.

Grieg fundó en Copenhagüe una Sociedad Musical destinada a propagar únicamente la música nacional. Se casó con su prima la señorita Nina Hagerup, una cantatriz de gran talento que se dedicaba a popularizar los lieder noruegos, escandinavos, y especialmente los de Grieg, que dicen cantaba con notable expresión.

Es curioso conocer la opinión de la suegra de Grieg, respecto a su yerno: «Es un nadie, decía, no tiene nada y escribe una música que ninguno se da el trabajo de escuchar».

Grieg y la señorita Hagerup una vez casados se dedicaron a viajar y a dar conciertos; la fama de Grieg se fué acentuando

más y más. El interés de Lizst por su obra y la ejecución que hacía de sus composiciones contribuyeron a extenderla.

A su vuelta de Roma escribió varios trabajos inspirados en obras de Björson, el célebre novelista, y realizó una de sus más grandes aspiraciones: colaborar con Ibsen.

Recibió una carta de Ibsen pidiéndole escribiera música inspirada en los pasajes del Peer Gynt. Esta es tal vez la parte más conocida de la obra de Grieg. «La danza de Anitra», «La danza de los gnomos», «La canción de Solveig», «La muerte de Aase», han sido popularizadas por bailarinas y cantantes. En cambio no se ha dado nunca aquí la interpretación completa de la obra ibseniana arreglada para la música de Grieg, tal como se dió en el Teatro de Cristianía. Fué uno de los éxitos artísticos más notables.

Sin embargo, fuera de Escandinavia el tono filosófico del poema dificultó el éxito y en algunas partes, por ejemplo en París, la música agradó, pero el poema no fué entendido. En Berlín este último fué un fracaso.

Grieg consideraba el Peer Gynt la mejor obra de Ibsen e Ibsen quedó muy satisfecho con la orquestación de Grieg. En verdad, Grieg supo interpretar fielmente la poesía, el sentido y aún los detalles de la obra.

Hay una parte del Peer Gynt en la cual Solveig, la amada de Peer, está sentada frente a la cabaña esperándolo, ya mucho años. Peer la ha abandonado porque no encontró el camino recto para llegar hasta ella. Habría tenido que dar la vuelta como le aconsejaba la Curva, personaje legendario con que Ibsen simboliza el espíritu de hipocresía. Gozosos construían su cabaña, pero apareció por el camino una mujer triste y gastada llevando un niño de la mano. Peer recordó y pensó que hay cosas que ya rotas no se componen nunca y se fué... Solveig quedó esperándolo.

El poema dice:

«Día de Verano en el Norte. Cabaña en el bosque. La puerta abierta está provista de gran cerradura, y hay encima de ella cuernos de ciervo. Pastan cabras en los alrededores de la casita.

Ante la cabaña, una mujer, ya madura, rubia y bien parecida, hila sentada al sol. Mira hacia el camino y canta:

— «Te esperaré aquí un otoño más, un invierno también y una primavera y un verano. Volverás algún día del año y habré sido fiel a la promesa que te di. ¡Dios guarde tu cariño! ¡Dios dirija tus pasos! ¡Dios bendiga tu mano! Si vuelves aquí, te esperaré sin quejarme. Si me esperas allá arriba, iré a reunirme contigo».

Y este es el origen de la canción de Solveig. ¿Y no es verdad que ese sentimiento que va más allá de la vida, ese esperar del acontecer triste y resignado está todo entero en la canción de Grieg?

Sería demasiado largo enumerar siquiera una parte de su obra. Es numerosísima: orquestal, de cámara, para violín, piano.

De sus viajes regresó más noruego que nunca. Su retiro era Trolldhagen, un pequeño dominio en medio de las montañas, a media hora de Bergen, al borde de un pequeño lago; un rincón en medio de un bosque de encinas y abetos. Era ahí en esa atmósfera de calma y serenidad donde a él le gustaba esconderse. Los habitantes del país, dice un escritor, encontraban ese rincón tan armonioso que decían: «La naturaleza parece cantar la canción de Solveig».

Amaba las montañas. Un amigo suyo decía: «el que no ha visto a Grieg en medio de las montañas salvajes, no lo conoce. Es ahí donde su carácter genial, libertado de sufrimientos corporales, encuentra toda su expresión».

La gente le molestaba. A alguna distancia de su casa se hizo construir una casucha o cabaña tan pequeña que sólo cabían su piano y algunos libros. Ahí componía. Los campesinos que se detenían al pasar y los pájaros en las ramas de los árboles que la rodeaban, eran su auditorio.

Los sueños de Grieg no quedaron en las azules montañas de Bergen, ni su obra en la memoria de los hombres que pasaron. Todo ha vivido, todo es de hoy.

Su ser entero ha quedado expresado en su música. Para

aquel que no la comprenda, Grieg no es nada. Su genio es unilateral.

Yo he buscado afanosa en los escasísimos libros que existen sobre él, por lo menos en Chile, otras manifestaciones de su espíritu, y no he encontrado nada. No sé qué ideas tenía, qué pensaba ni del amor ni del dolor, esos temas que rara vez artista alguno ha dejado de tocar. No es que la suerte no haya querido se ocupe de él ningún buen escritor. Existe uno escrito por H. T. Finck, que es bastante completo. Pero entonces ¿es que Grieg no sintió, ni expresó inquietud religiosa, ni ansias del espíritu, traducidas en filosofar sobre las cosas? Indudablemente las sintió, pero no necesitó el lenguaje de todo el mundo para expresarse. Para él, este parecería rudo y salvaje. Tenía el suyo casi divino. He ojeado afanosa sus cartas, con la nerviosidad del que nada encuentra. Hay una en que agradece el envío de unos melones, otra en que habla de sus dolores reumáticos...

Tal vez perteneció Grieg a ese tipo de artista que a veces ha cruzado por el mundo, silencioso, enmudecido, la mirada lejana como animada de resplandor místico. No nos da toda la sensación de su talento en sus expresiones, pero en silencio casi evocador se siente el aleteo de todas las ideas, el comulgar con todos los amores. Pisa las hojas frescas de la primavera y las secas del otoño, indiferente a la noción del tiempo y del espacio. Todo el mundo exterior no es sino algo que sirve para el libre juego de su fantasía. Los ojos puestos en la dorada montaña y en el lago azulado no descubren tanta belleza como la que lleva dentro. Tiene el alma encantada, como dijera Romain Rolland. Y esa alma, que es una ilusión y ese espíritu que es un soplo, contienen más fuerza que la cósmica. Crean. Nace la vida. Ese soplo electrizado hace que a su vez cada ser sienta nacer en sí algo intangible en que cada uno pone el anhelo de la aspiración más alta: Dios, verdad o belleza.

Grieg llevó su belleza en sí escondida, y nos la dejó en su

música. Pero no le exijamos más por creer que en los genios debe haber conceptos generales extra-humanos.

En su manera de amar las mañanas, de vibrar con el ruido de los bosques, de sentir la belleza de los lagos, él ha cantado lo divino de la naturaleza y es ahí donde debemos buscarle. Esta naturaleza que algunos sienten impasible, casi dura ante la indiferencia por los dolores de los hombres, tiene para otros el secreto de todos los misterios, un dulce acento acogedor para todos los pesares.

Estos últimos sabrán más que ninguno encontrar el espíritu de Grieg, pues el cuerpo que sepultaron los noruegos bajo una roca a la orilla de un lago de Bergen, envolvió, en mi concepto, un alma profundamente panteísta.

MARTA VERGARA.